

**ABIERTOS AL ENCUENTRO****FICHA: ABIERTOS AL ENCUENTRO****ANEXO II****CARTA DE JUDIT**

Hola. Me han pedido que me presente y no sé bien cómo empezar. Me llamo Judit (eso es lo más fácil de contar) y, cuando esta carta llegue a vuestras manos, hará mucho tiempo que ya no estoy entre vosotros. Ni los padres de vuestros padres me habrán conocido. Os preguntaréis qué os puede aportar alguien tan antiguo, y cómo se me ocurrió escribiros esta carta. Pero estoy convencida de que, por mucho que hayan cambiado las cosas en veinte siglos, lo más interno de nosotros, los seres humanos, no ha cambiado...

Yo era una mujer joven cuando conocí a Jesús. Muy joven, pero tenéis que tener en cuenta que en mi cultura nos hacíamos adultos rápidamente: el mundo era más sencillo y teníamos pocas cosas que decidir en la juventud. En realidad, si eras mujer, como yo, se suponía que no tenías que decidir nada: todo lo decidían por ti. Ni estudios, ni siquiera pareja, ya que la elegían por ti, ni estilo de vida. Así que madurábamos rápido: sabíamos que en cuanto fuéramos capaces de trabajar y tener hijos tendríamos que convertirnos en adultos y miembros productivos de nuestra comunidad. Eso marca una diferencia con algunos de vosotros... aunque no con todos. También en el siglo XXI hay muchos jóvenes que se vuelven adultos muy rápidamente. El mundo ha cambiado, pero no para todos...

Yo era la pequeña de tres hermanos. Mi padre era maestro de la ley; no éramos ricos, pero tampoco muy pobres: teníamos lo suficiente para vivir. Mi padre era un hombre bueno e inteligente, aunque tenía sus debilidades, y me quería entrañablemente. Yo era la más pequeña y había nacido cuando mis hermanos ya eran mayores, y, aunque las mujeres contábamos muy poco en Israel, mi padre no se podía resistir a mis preguntas y mi vitalidad. Yo me sentaba en sus rodillas cuando leía y estudiaba, y casi sin que él se diera cuenta, aprendí a leer. Las mujeres no aprendíamos a leer en Israel... Pero a él le entusiasmó tanto mi curiosidad que, aunque pensaba que estaba mal, me ayudó y estimuló mi inteligencia... Luego, muchas veces, se arrepintió de ello, cuando vio que yo me había vuelto demasiado independiente y no sabía resignarme al futuro que me esperaba. Pero ya era demasiado tarde.

Mi madre era una mujer dulce y encantadora, que me mimó y protegió. Tenía una inteligencia viva que no le estaba permitido desarrollar. Nunca perdonaré a mi padre que me hubiera enseñado a leer a mí mientras prohibía a mi madre cualquier tipo de acceso a los libros. Yo era la niña de sus ojos, pero mi madre era para él una esclava que debía estar únicamente para atenderle y cuidarle. No podía entender que ella se ahogara en la vida estrecha del barrio y que se metiera en problemas yéndose al barrio de los pescadores, a atender a los enfermos o a ayudarles a sobrevivir cuando las cosas venían mal. No soportaba que hiciera caso omiso de las prohibiciones de pureza de cuándo en cuándo para atender a los leprosos, o que hablara con las prostitutas. Así que un día sí y otro también había discusiones en mi casa: por los celos de mi padre, por las visitas de mi madre, o por la prohibición que mi padre le imponía de salir de casa. Mi madre intentaba ser dócil, pero tarde o temprano se rebelaba, y otras veces la desesperanza la angustiaba hasta el punto de que no podía levantarse de la cama. Yo me sentía impotente para ayudar a ninguno de los dos...

Mis hermanos eran hombres. Eso era una ventaja. Trabajaban en el campo y estudiaban en la sinagoga. Cuando conocí a Jesús, estaban a punto de casarse con dos jóvenes de la ciudad. Yo también estaba prometida. No era un hombre mayor, lo que era una suerte, era un joven fariseo al que yo no conocía más que de vista. A la edad que tenía ya me debería haber casado, pero yo no soportaba la idea, y utilizaba todos los encantos con mi padre para conseguir que la boda se demorara un poco más, e inventaba miles de excusas: necesitaba aprender a coser mejor, el ajuar no estaba terminado, él era joven y teníamos toda la vida... Cuando mi padre me prometió me enfadé con él como nunca lo había hecho: me sentía mercancía de compraventa. Menos mal que mi prometido no parecía tener mucha prisa en casarse, pero, en la época en la que Jesús apareció en mi vida, ya se empezaban a oír comentarios en el pueblo acerca de lo inconveniente de que una joven de mi edad estuviera aún sin casar.

Como era mujer, muchos no consideraron necesario dejar constancia de mí en los Evangelios que os han llegado. Pero yo estuve ahí, al lado de Jesús, y para Jesús sí contaba, aunque fuera mujer y joven. ¡Ni siquiera podía ayudarle con mis bienes, como otras mujeres del evangelio! Pero a Él no le importaba. El me veía, mientras que para muchos otros yo parecía ser invisible. Así que pude estar a su lado palpando de primera mano su presencia, y me han pedido que os cuente mi experiencia.

Lo primero que os quisiera decir es que yo tampoco me hice cristiana (como luego nos llamaron), seguidora de Jesús, de buenas a primeras. En realidad, yo estaba inmersa en mis problemas e inquietudes, y no sé si esperaba un salvador. Sabía que había muchas cosas que me provocaban rebeldía, y tal vez por mi carácter, o por haber tenido la suerte de tener más recursos que otros y otras jóvenes de mi edad, no me conformaba fácilmente con el horizonte de futuro que veía cerrarse ante mis ojos, como una condena: una vida predeterminada y definida en un mundo a mi juicio estrecho y sin opciones. Yo vivía en Betsaida, cerca de Cafarnaúm, que era una ciudad de Galilea en la que había mucha actividad y mucha gente, y todo me provocaba preguntas. Ahí estaba cuando conocí a Jesús.

No puedo negar el impacto que provocó el encuentro con Jesús en mí. Era un hombre que dejaba huella. Pero también es cierto que pasó por el lado de miles de personas que simplemente se entusiasmaron un rato con él, o ni siquiera lo vieron. Quien no buscaba nada, quien simplemente estaba satisfecho con su vida, quien ahogaba una tras otra todas las preguntas que surgían en su interior, tampoco se dejó tocar por el encuentro con Jesús. A mí me resultaba incomprensible. Luego, más tarde, me fui dando cuenta de que, como Jesús dijo, sólo el que busca encuentra. Sólo el que está dispuesto a dejar entrar en sí descubrimientos nuevos que pueden removerle entero, es capaz de ver lo que surge a su alrededor. Así que no creáis que era tanta suerte vivir en tiempos de Jesús. Hubo muchos que pasaron a su lado sin verle. Hoy vosotros oís hablar de Él como hijo de Dios, Dios mismo, y ese puede ser el disfraz que lo esconde a vuestros ojos. Para nosotros, sin embargo, era un hombre cualquiera: carismático, sí, inteligente, un líder, pero un hombre. Y es difícil ver a Dios en un hombre, a no ser que tengas muy despiertos los ojos del corazón. ¿Cómo están los vuestros?

Pero, si estás mínimamente despierto, si tienes una rendija sólo abierta en el corazón, el primer encuentro con Jesús puede ensancharla e ir provocando una serie de cosas en tu interior que dan vértigo... Porque la felicidad y la vida dan vértigo, no nos engañemos. A los seres humanos nos da vértigo todo lo que no podemos controlar. Nos gustan los regalos, pero si son demasiado grandes nos asustan, ¿dónde nos hemos metido? Por eso para mí no fue tan fácil encontrarme de veras con Jesús. El primer impacto me removiÓ, pero luego tuve que aprender a mirarme con su mirada y, sobre todo, aprender a confiar. Lo que Él llamaba fe. A veces nos cuesta confiar en las cosas buenas. Mi encuentro con Jesús fue un camino personal largo, en el que fui poco a poco depositando la confianza en él y atreviéndome a confiar en lo que Él provocaba en mí. Lo que sucede cuando te enamoras...

Hubo signos en el camino. Yo creo que el primer signo es la nostalgia. Todos tenemos nostalgias en el corazón, como si alguna vez hubiéramos vivido algo muy bueno que añoramos. Cada uno tiene sus nostalgias. Pero no nos gusta vivir con nostalgia, así que intentamos ahogarlas. Pero, cuando contactamos con ellas, cuando contactamos con nuestros deseos profundos, nos ponemos en la pista para encontrarnos con Jesús.

Un buen día, se empezó a hablar de Jesús, y me comenzaron a llegar noticias de gente que se había encontrado con él. Me pareció interesante lo que decía, lo que proponía, lo que hacía, un poco iluso, tal vez, pero bonito... bueno, al menos en teoría. También empecé a escuchar a algunos que se habían encontrado con él y que, de golpe (me parecía a mí) lo dejaban todo y le seguían. Eso no lo podía entender bien. Pero comencé a preguntarme si no habría en ese hombre algo distinto, algo que conectaba, de alguna manera, con mis nostalgias y mis búsquedas.

Luego me encontré con Jesús. Y algo se movió en mí. Ese fue un nuevo signo que al principio no supe interpretar. No me enamoré de él en el sentido de pareja de la expresión: él era bastante mayor que yo y no fue esa la relación que se estableció. Pero me tocó en lo hondo, tal vez simplemente porque Él sí me vio y me entendió y por primera vez no me sentí juzgada en mis rebeldías y cuestionamientos... sólo me aceptó.

Y luego había otros signos. Jesús hablaba del Reino de Dios y curaba, sanaba, iba propagando vida por donde pasaba. Nos hacía palpar que otro mundo, más vital, más amoroso, más humano y más vivible era posible: estaba pasando ante nuestros ojos. Y cuando comencé a admitir eso, comencé a descubrir otros muchos signos de la presencia de Dios. Y empecé a creer que era posible que Dios fuera como Jesús lo contaba, y no como me lo contaban otros, y me atreví (por fin) a fiarme de él y saltar con Él a las manos de Dios.

Eso fue sólo el principio, aunque a mí ya me parecía lo máximo que podía suceder. Pero el resto ya se lo contaré más adelante, si ustedes tienen esta misma experiencia...

Me han pedido que comparta con vosotros mi experiencia. Pero han pasado muchas cosas, y me resulta difícil contarla hoy con la frescura que la viví. Ya me sé el final de la película. Así que he pensado que lo mejor que puedo hacer por vosotros es abriros un secreto muy bien guardado: mi diario. Era una mujer atípica en mi tiempo: una mujer que escribía. Ya descubriréis por qué si leéis mi diario. Pero en él narro mi encuentro con Jesús tal y

como lo viví entonces. Espero que eso os sirva de pista para vuestro propio encuentro con Jesús. En esto nadie puede vivir de oídas: eso sirve para acercarse, pero uno sólo conoce a Jesús cuando se encuentra personalmente con Él. Si no, es como contarle a un ciego los colores o como intentar explicar el amor a quien no ha estado enamorado: no funciona. Por eso, os invito, sobre todo, a que seáis sinceros y sinceras con vosotros mismos. Abrid el corazón. Hay que tener la cabeza bien puesta, pero esto del encuentro con Jesús se juega en el corazón. Él está ahí, y sabe mejor que nadie cuáles son los caminos del corazón de cada uno. No hagáis nada en lo que no creáis, pero no dejéis de estar atentos a los signos que encontraréis en el camino, aunque parezcan incomprensibles... si estáis atentos, miráis y escucháis, hay un momento donde todo adquiere un nuevo sentido. Ya lo veréis.

Y nada más como introducción. Ánimo, es una aventura apasionante. Han pasado 2000 años, y sigue habiendo personas que se encuentran con Jesús y a los que Él les llena de vida: Él no se ha ido. Los signos que descubriréis serán diferentes a los que yo ví... pero tal vez no tanto. Ya me iréis contando vuestra experiencia.

Un abrazo entrañable:

Judit.